

“La ciudad es el mejor invento humano”. Conversación con Horacio Capel

por equipo bifurcaciones

Horacio Capel es catedrático de Geografía Humana de la Universidad de Barcelona. Ha sido director de *Geocrítica. Cuadernos Críticos de Geografía Humana* y secretario de la *Revista de Geografía*. Ha realizado investigaciones sobre geografía urbana, teoría, historia y sociología de la ciencia, y trabaja en la actualidad sobre innovación tecnológica y desarrollo urbano en la ciudad española contemporánea. Entre sus obras más destacadas se encuentran *La cosmópolis y la ciudad* (Ediciones del Serbal, 2003), *La morfología de las ciudades I. Sociedad, cultura y paisaje urbano* (Ediciones del Serbal, 2002) y *Dibujar el mundo. Borges y la geografía del siglo XXI* (Ediciones del Serbal, 2001).

Esta entrevista se realizó en el marco del VII Coloquio Internacional de Geocrítica, realizado en la Pontificia Universidad Católica de Chile entre los días 24 y 27 de mayo de 2005. Nuestros agradecimientos a Rodrigo Hidalgo por su valiosa ayuda en la preparación de la entrevista, y muy especialmente al profesor Capel por el tiempo dedicado a responder nuestras preguntas.

Urbanismo y antiurbanismo en la ciudad contemporánea

equipo bifurcaciones. *En la planificación urbana actual ha ido adquiriendo cada vez mayor protagonismo una herramienta que quizás se ha utilizado desde siempre, pero que hoy posee una racionalidad y fuerza nuevas: hablamos del marketing urbano, utilizado para atraer personas y recursos y para promocionar y vender las ciudades. Nos gustaría saber cuál es su opinión sobre este fenómeno, uno de cuyos casos paradigmáticos es precisamente Barcelona.*

Horacio Capel. Creo que todo está bien si se hace bien. El que haya gobiernos que quieran promocionar su ciudad y hacerla visible a escala mundial, no me parece mal, pero todo depende de cómo se haga. En Barcelona, efectivamente creo que se logró un éxito en este sentido; la manera en que Barcelona se ha situado en el contexto mundial, la imagen que hoy se tiene de ella, tienen que ver con decisiones que fueron acertadas: la gestión de los juegos olímpicos,

la gestión de problemas urbanos que se inicia en los años ochenta, el trabajo realizado por un gobierno socialista con apoyo comunista durante varios años, son cosas muy positivas.

Pero también hay otras cosas que se pueden criticar: yo mismo he publicado un libro ahora, *El modelo de Barcelona. Un examen crítico*¹, donde cuestiono algunos aspectos de ese modelo. Por ejemplo, creo que hay que hacer el urbanismo de manera diferente, no tanto desde los técnicos y urbanistas, sino con mucha más participación de la población, de los ciudadanos. Hay que tener más capacidad de diálogo. Creo que la obsesión de la modernidad no debe llevar a destruir las señas de identidad, como pasó por ejemplo con el Pueblo Nuevo en Barcelona, donde la obsesión por crear un área nueva productiva en las nuevas tecnologías ha llevado a arrasar un tejido industrial que tenía interés. El empecinarse en que los técnicos –arquitectos e ingenieros- y políticos siempre tienen la razón me parece negativo, lo que debe llevarnos a pensar en nuevas formas de hacer el urbanismo.

e.b. *Esto es interesante, porque uno de los elementos que más destacan los promotores de este “nuevo urbanismo” es que ellos han dejado atrás la arrogancia de los viejos planificadores urbanos, que con un plumón sobre el papel dibujaban y organizaban las ciudades como si fueran semidioses. ¿No constituye este voluntarismo y ausencia de participación que Ud. señala el mismo pecado de la planificación racionalista?*

H.C. Efectivamente: durante los años ochenta hubo un debate contra el planeamiento, contra el plan, y se postulaba que la idea que los planes generales de renovación urbana, tan ambiciosos, no tenían sentido, y que había que poner énfasis en los hechos concretos y en la gestión. Pero eso también se cuestiona hoy: ¿cómo vamos a gestionar parcelas concretas de la ciudad, si no sabemos hacia dónde queremos ir?

El tema de la participación, por otra parte, es muy hablado, pero no se traduce en

¹ Ediciones del Serbal, 2005.

participación efectiva; por el contrario, hay mucha desconfianza frente a los movimientos vecinales. En España, por ejemplo, fue la presión vecinal la que permitió que muchas ciudades se modificaran, pero cuando llegaron las elecciones políticas se dijo que ya no había que negociar con asociaciones que no eran tan representativas como los políticos electos. Hay políticos y técnicos que se niegan a escuchar una crítica, lo que es asombroso. Todo eso puede llevar a actitudes arrogantes por parte del poder, y yo creo que los ciudadanos debemos enfrentarnos. Los gobiernos tienen que gobernar, porque para eso han sido elegidos, pero deben también negociar, deben escuchar reclamaciones que muchas veces son sensatas.

Por ejemplo, en el Pueblo Nuevo están empeñados en destruir un tejido industrial del siglo XIX, que tiene un interés arquitectónico muy grande, e industrias que están todavía actuando, y pequeños talleres. No puede ser que se haga una ciudad igual a todas las norteamericanas, y que se destruya un tejido importante de la identidad.

e.b. A pesar de la retórica tradicional, inclinada a la ciudad compacta, sobre todo en el ámbito europeo, la evidencia empírica muestra que el urbanismo actual ha favorecido de manera importante la ciudad extendida, a través de –por ejemplo– los grandes proyectos inmobiliarios suburbanos. ¿En qué medida esto es producto de la imbricación entre un nuevo modelo de gestión y desarrollo urbano, y cierto espíritu “antiurbano” presente hoy en las grandes ciudades?

H.C. En España, al igual que en Estados Unidos y América Latina, ha habido un aumento extraordinario de proyectos suburbanos compuestos por casitas unifamiliares. El precio de vivienda en la ciudad es prohibitivo: las familias jóvenes no encuentran sitio en la ciudad, y deben irse a la periferia, a municipios rurales que están a 50 kilómetros de distancia. Y lo hacen, además, por la “ideología clorofila”: la naturaleza, los pajaritos, el contacto con la naturaleza... y uno les puede decir, ¡“desgraciados, los pájaros y la naturaleza, y tú con dos coches pidiendo que hagan más autopistas porque si no te atrancas en la naturaleza”!, y eso es una contradicción

(risas). Pero por otra parte están los promotores: la oferta más barata está ahí, porque los promotores encuentran más facilidades para negociar con pequeños ayuntamientos que con otros más grandes. Las estrategias de los pequeños constructores lleva entonces a que la vivienda nueva se dé fuera de la ciudad.

e.b. Entonces, más que de un sentimiento antiurbano, estaríamos en presencia de ciudadanos compelidos a abandonar las ciudades por cuestiones mercantiles.

H.C. Sí. Dentro de la ciudad hay mucha gente que critica a la ciudad. Hay una fuerte tradición de crítica que yo recorrí en el artículo “Gritos amargos contra la ciudad”²: la ciudad es lo maldito, el cáncer, la prisión. Yo le pregunté a un profesor de la Universidad a la Distancia, que repetía ese discurso, que por qué no se iba de la ciudad, dado que podía hacerlo, y me dijo que no, que se fueran los otros, que él estaba bien ahí (risas).

Es decir, esa tradición de rechazo a la ciudad es una visión intelectual, pero no va en serio. Los que se van afuera no es que sean antiurbanos; es porque no encuentran viviendas a un precio asequible. Claro, además están en contacto con la naturaleza, y todo eso que se relaciona con las estrategias de *marketing* de los promotores para vender esas parcelas. Sin duda esto tiene ventajas, pero también inconvenientes. Yo estoy absolutamente en contra de ello, porque contribuye a aumentar el coste social de la urbanización. Hay toda una ideología muy individualista, muy aislacionista, de irse a la naturaleza sin tomar en cuenta el costo social y económico de esa urbanización, para vivir de modo muy atomizado... y la tradición de la ciudad compacta, donde uno puede bajar a utilizar un equipamiento, hablar más fácilmente, andar de noche, volver en taxi sin prever qué hacer, todo eso tiene una ventaja considerable. Creo que muchos de los que se

² Disponible en <http://www.etsav.upc.es/personals/iphs2004/urbper/num01/index.htm>

van quieren vivir en la ciudad, pero no pueden.

e.b. En “Gritos amargos contra la ciudad” Ud. hace un recorrido breve pero muy preciso de distintas variantes del discurso antiurbano: de Grecia a Roma, el cristianismo, el romanticismo... ¿Cree Ud. que sea posible hablar hoy de una crítica antiurbana más propiamente latinoamericana?

H.C. Han pasado tantos años que ya se ha generado una tradición latinoamericana propia, que es medio complejo de inferioridad, medio crítica de todo, un maximalismo que quiere vivir bien, como millonario norteamericano... sumado a un desconocimiento de la propia evolución histórica, de lo que ha sido el pasado y de las ventajas que desde entonces se han obtenido. O sea, es una mezcla muy curiosa, una aceptación acrítica a este concepto elaborado fuera.

En Buenos Aires, en Santiago, en San Pablo, hay estudiantes universitarios que me dicen “es que somos países subdesarrollados”... ¡pero cómo! San Pablo es una de las ciudades más dinámicas del mundo, Buenos Aires una de las más bellas... “No, es que hay mucha pobreza”, me dicen. Bueno, ¿pero es que no hay pobreza en los Estados Unidos? Existe un mecanismo que lleva a aceptar estereotipos acuñados afuera, que impiden ver la realidad. Ahora están con eso de las clases subalternas, y conceptos elaborados por sociólogos y antropólogos ingleses en la India, y lo están aplicando a Chile o a Colombia... ¿Es que han perdido la cabeza? ¿Qué tiene que ver India con Colombia o con Chile? Chile se constituyó como país independiente antes que Alemania, antes que Italia... ¿de qué me están hablando entonces? Falta muchas veces sentido común

e.b. Pero ocupando una distinción suya, en este caso estaríamos en presencia de una crítica a la sociedad más que a la ciudad misma...

H.C. Claro, a veces lo que se critica es la sociedad, y no cosas propiamente de la ciudad. Yo soy de los que siguen pensando que el futuro es la ciudad universal, todo

urbanizado... La ciudad es donde los pobres han dejado de ser pobres, donde ha habido posibilidad de ascenso social, donde ha surgido toda la innovación. La ciudad es el mejor invento humano, y estas críticas a la ciudad son críticas a la sociedad. “Nunca ha habido tanto analfabeto como en la ciudad”, se dice por ahí... ¡pero qué me dicen, si en la ciudad es donde la gente se ha educado, donde está la ciencia, la cultura! Creo que falta sentido común y perspectiva histórica; esa visión catastrofista que existe hoy, desde luego que no la comparto.

Aedes facere, los edificios y la ciudad

e.b. Ud. trae ahora a Chile el segundo tomo de Morfología de las ciudades³. ¿De qué manera este libro continúa el trabajo de la primera parte?

H.C. El primero es sobre el plano y la evolución histórica de las ciudades, y el segundo se llama *Aedes facere: técnica, cultura y clase social en la construcción de edificios*. La raíz de *facere* es “hacer”, y *aedes* son templos, casas... bueno, es la raíz de “edificar”. El libro trata sobre los edificios: estudio la vivienda y los edificios institucionales de control social, los centros educativos, los hospitales, los cuarteles, las oficinas, los centros comerciales, instituciones, etc.

e.b. Y esas transformaciones materiales, ¿cómo van influyendo en el modo de hacer ciudad? ¿Cómo interactúa la forma física de los edificios con el escenario que es la ciudad?

H.C. Los edificios aparecen cuando necesidades y funciones nuevas los van necesitando. Cuando aparece la máquina de vapor, ésta impone exigencias. Cuando aparece la electricidad, aparecen también nuevas necesidades técnicas. La evolución social y económica impone nuevos edificios. Y todo eso que se construye acaba afectando el comportamiento social, como por ejemplo las oficinas: primero no existían, luego eran despachos, y ahora son espacios cada vez

³ *La morfología de las ciudades II. Aedes facere: técnica, cultura y clase social en la construcción de edificios*. Barcelona: Ediciones del Serbal (2005).

menos densos porque las actividades están deslocalizadas. Y hoy en día, la manera como las oficinas están diseñadas es distinta a como era hace diez años, y el comportamiento en ellas es distinto. Hay una interacción entre el marco físico y la manera como las personas actúan, y eso requiere de investigación. No es tan simple como los arquitectos piensan, en términos de que el marco determina el comportamiento... eso puede ser, pero hasta cierto punto; necesitamos otro tipo de investigaciones para saber cómo esto afecta, investigaciones donde se consideren las tradiciones culturales. Dónde pongo la mesa, dónde pongo la silla... el cómo organiza un chino o un japonés su habitación difiere mucho de cómo las organizamos nosotros.

e.b. En nuestro primer número publicamos un artículo de Richard Sennett, “Planta ortogonal y ética protestante”, donde se discute algo similar pero a nivel de ciudad.

H.C. Ese artículo yo lo cito mucho, me parece interesante, pero también tiene cosas... Hay muchas cosas que Sennett asocia a la ética protestante, pero que también ocurren aquí, y en otras partes; él escribe desde una perspectiva muy sugestiva, pero sin una buena base histórica. Creo que carece de una perspectiva comparativa.

Algo similar, en todo caso, está pasando ahora con la geografía, en términos de que ya no se estudia historia, lo cual es muy grave. Lo mismo sucede con los antropólogos: son un peligro público, porque son muy imaginativos pero en general no tienen formación histórica; entonces, dicen cosas verdaderamente asombrosas. Un sociólogo que no sepa historia es también un peligro público. Una buena base histórica para estudiar los problemas actuales es indispensable, para estudiar el territorio y la ciudad sabiendo cómo fueron antes, qué es nuevo y qué es viejo.

El urbanista-investigador frente al cambio social

e.b. Desde el momento en que Ud. comenzó su trabajo en Geocrítica hasta el presente, ¿qué

evolución han tenido las grandes preocupaciones e intereses de los investigadores de los temas urbanos?

H.C. Bueno, el mundo ha cambiado mucho desde el año 72 hasta ahora. Ya no está la Unión Soviética, y el marxismo está hoy ampliamente cuestionado e impugnado, lo que no me parece que signifique que no sea una vía de análisis y discusión. Hay pensadores como David Harvey de gran validez, que están sistemáticamente siguiendo esa línea de profundización. En Brasil también hay investigadores que siguen la línea de Lefebvre para hacer investigación de análisis urbano. Pero el escenario no es el mismo. El tema económico también se ha transformado: la crisis del año 73 afectó de forma muy importante el sistema económico y capitalista, y se dejaron de utilizar conceptos como “postfordismo”, “sociedad postindustrial” o “países subdesarrollados”.

La ciencia ha cambiado también. Si en el año 70 existía ese debate de la geografía cuantitativa, tan prestigiosa en el mundo anglosajón, lo que hay ahora es el resultado del debate que allí existió, y la aparición de la geografía radical y humanista, que en definitiva tiene que ver con la postmodernidad –que es un cuestionamiento de concepciones abstractas y neopositivistas-, la aceptación del “sentido del lugar” y del valor de la historia, la reaparición de cosas que habían sido cuestionadas en la era neopositivista... Más recientemente, después del 11 de septiembre, son muchas las cuestiones nuevas que aparecen: el sentimiento de inseguridad, el terrorismo como problema relevante, etc.

En este contexto, lo más importante es que los jóvenes mantengan la mente abierta y reflexionen sobre alternativas posibles. Para ello necesitamos toda la tradición acumulada, y además ideas nuevas, que han de venir de los jóvenes. Es evidente que el sistema dominante hoy en el mundo ha generado un bienestar muy importante, pero también tiene consecuencias relacionadas, por ejemplo, con la desigualdad económica y grupos sociales empobrecidos; ha sido capaz de generar innovación y riqueza, pero ha sido incapaz de

distribuirla a escala mundial. Entonces, tenemos que pensar en alternativas.

Con todo, la ciudad que existe hoy creo que está mejor que la ciudad antigua. Sin ir más lejos, Santiago de Chile es una ciudad que ha logrado cosas verdaderamente espectaculares. Pero hay otras que hay que cambiar, y para eso no hay que pensar sólo en parches y pequeñas transformaciones, sino también en modificaciones radicales. Y esa es una tarea que los jóvenes tienen; por ahí es donde tenemos que estar con la mente muy abierta, buscando formas nuevas de organizar la sociedad, sin provocar rupturas que fueran de un costo social tan elevado que desequilibren el sistema, porque los sistemas sociales son muy frágiles.

Lo que ha pasado en la URSS lo ha demostrado. Lo que parecía muy sólido se desmoronó muy rápido. Entonces, yo creo que debiéramos ser capaces de hacer las transformaciones profundas que se necesitan para asegurar –con el nivel de capacidad y de producción y tecnología que tenemos– una distribución de los recursos. Y para eso necesitamos imaginar formas nuevas de organización social.

e.b. *Y frente a estos cambios, ¿qué importancia le otorga Ud. a la geografía, junto con las otras ciencias sociales?*

H.C. Todas las ciencias sociales son necesarias: podría decirse que si no existieran habría que inventarlas. Todas ellas tienen una gran tradición y riqueza que hay que aprovechar. Ahora bien, hay cosas que las disciplinas existentes no pueden abordar; hay que crear entonces nuevas disciplinas y reformular las existentes.

La sociedad va cambiando, las ciencias no son algo que estén desde el comienzo de la historia prefiguradas en la divinidad, se van creando históricamente. Así, la geografía de hoy tiene poco que ver con la de antes, pero su tradición es riquísima, y eso no se puede tirar por la borda. Pero además hay problemas nuevos que requieren nuevos enfoques y nuevas disciplinas, que ya se están creando

delante de nosotros, que se van a estructurar y serán disciplinas científicas en el futuro. Debemos tener entonces la capacidad de aprovechar aquello en lo que uno se ha formado. Si uno es geógrafo, hay que sacar partido de lo que la geografía ha hecho, y en segundo lugar, aprovechar, como decía antes, el “sentido del problema”. Hay que saber qué es lo que a uno le interesa, y por qué eso es relevante y vale la pena estudiarlo. Porque la geografía sirve mientras sirva. Si sirve, bien, pero si no sirve habrá que inventar otra cosa. Pero que no se diga que no sirve por ignorancia, porque no se conoce lo que ha hecho.

Geocrítica y la labor editorial

e.b. *¿Como nació Geocrítica? ¿En qué contexto y bajo qué motivaciones?*

H.C. A finales de los setenta dominaba la geografía de la concepción regional, muy influida por la escuela francesa, y por aquellos años estaba llegando a España la geografía cuantitativa. Al mismo tiempo, llegaban los ecos de la geografía radical, que cuestionaba a esa geografía cuantitativa. Era una situación bastante confusa; en España, además, había un florecimiento importante del marxismo. En definitiva, era una situación donde había cierta confusión en la geografía por la llegada de dos revoluciones simultáneamente.

Geocrítica trataba de abrir perspectivas de debate, donde voces nuevas pudieran incorporarse a la geografía española. Lo más importante era el carácter crítico, de ahí su nombre. La revista intentaba abrir cauce para un pensamiento renovador en el campo de la geografía. Se trataba de dar cabida a nuevas ideas, y de tener un canal de difusión a los trabajos que nosotros mismos íbamos haciendo. Hicimos 100 números, y luego decidimos liquidarla.

e.b. *¿Cómo fue recibida esta iniciativa?*

H.C. Muy bien. Entre los jóvenes el apoyo fue entusiasta, aunque entre los mayores hubo intentos de desvalorarlo. En realidad, el primer número, que escribí con bastante

cuidado, molestó a algunas personas. No creo que ahora deba arrepentirme de nada de lo yo que escribí ahí, porque no creo que hiciera una desvalorización excesiva de nadie. Entre la gente joven, en cambio, hubo muy buena recepción, porque había necesidad de nuevas ideas. Llegamos a tener como 600 suscripciones, lo que es mucho. Luego los sistemas de comercialización y distribución de la U no funcionaron, y decidí cerrarlo.

e.b. *Pero después del número 100 la revista pasa a ser publicada en formato electrónico...*

H.C. No. La idea era seguir en papel, pero editada por una editorial. Había mucho problema en el mundo editorial: la lucha por el espacio en las librerías, la distribución... Yo estaba un poco harto de la Universidad, porque casi cada número lo tuve que negociar. Habíamos publicado 100 números y había muchas cosas que no funcionaban bien, especialmente la comercialización. Entonces me pareció que podía continuarlo con otro mecanismo de distribución que nos diera mayor difusión.

Mientras tanto, ya estaba empezando Internet. Dos o tres amigos me hablaron de esta cuestión, así que pensamos abrir la página de Geocrítica en Internet, en principio, para darle difusión a las cosas que ya teníamos en papel. La primera idea era escanear los números de Geocrítica, ponerlos ahí a disposición de la gente, y luego crear algo que tuviera que ver con la difusión de lo que se hacía en la Universidad con la educación primaria y secundaria.

Lo que vino después fue la serie *Scripta Vetera*, porque se me ocurrió que valía la pena escanear y difundir textos que ya estaban publicados en sitios diversos, y de los que nosotros teníamos el *copyright*. Y ahí se me ocurrió también hacer una nueva serie, *Scripta Nova*, para darle difusión a los textos nuevos en los que estábamos trabajando. Con el tiempo me di cuenta que aquello era muy interesante, tenía una difusión mayor y nos ahorrábamos todos los problemas de distribución. Y como no teníamos ningún interés económico, porque ya todo lo

hacíamos gratis, porque forma parte de nuestra tarea académica, eso se fue llenando de contenido y se convirtió en la continuación de *Geocrítica*.

e.b. *Geocrítica-Scripta Nova se ha transformado en una referencia importante para el mundo hispano, pero ¿tienen datos de acceso desde el mundo angloparlante?*

H.C. No lo sabemos bien, pero creo que en general va mal, porque los ingleses y norteamericanos tienen ese criterio de citar sólo en inglés. Cosa a la que yo me opongo, porque creo que nosotros tenemos que leer y seguir lo que hacen ellos, pero debemos exigir reciprocidad. Escribí un artículo sobre eso, se llama “Libelo contra el inglés”⁴. Yo creo que no podemos admitir esa actitud de ellos; mucho menos, que se evalúen las publicaciones científicas por sus citas en inglés. Ellos pueden tener sus sistemas de evaluación, pero nosotros tenemos que tener también las nuestras... De mi trabajo, creo que lo que más ha sido citado ha sido algo que escribí en inglés. Ellos tienen mucha menos sensibilidad a lo que se publica en otra lengua, lo que me preocupa. Nosotros tenemos que entendernos, todo el mundo iberoamericano, y el portugués también. Y esa es la red que tenemos que reforzar.

e.b. *Este intento por hacer un proyecto en la lengua hispana, ¿se ve acompañado por levantar temáticas propias?*

H.C. Nosotros vamos publicando lo que va llegando. Ha pasado en *Scripta Nova*, al igual que como pasó antes en *Geocrítica*, que se publicaba lo que se tenía; en estos momentos nosotros recibimos una cantidad enorme de artículos. Lo que llega se lee primero por el comité de redacción. Si nos parece interesante lo que dicen, se envía el material a dos evaluadores externos para ser publicado. Y así y todo tenemos ya asegurados por completo los números hasta el mes de septiembre. Y en evaluación, cantidad suficiente hasta diciembre.

⁴ Disponible en <http://www.ub.es/geocrit/b3w-490.htm>

e.b. Por la cantidad y variedad de trabajos que reciben y publican, cuesta entender que Geocrítica siga replicando una visión monocorde de la geografía...

H.C. Hoy nosotros queremos estar abiertos a visiones diferentes, y a publicar trabajos de calidad, académicamente correctos, aunque expresen puntos de vista distintos.

e.b. Entonces, esta idea de Geocrítica como una crítica a la geografía dominante ya no tiene tanta vigencia como antes...

H.C. Si podemos, lo hacemos también. Pero creo que estamos en una situación más “normal”. La prioridad debiera ser un trabajo bien hecho, bien planteado, y que los miembros de la comunidad científica, reconozcan que son trabajos que contribuyen al bagaje común, que es una aportación de cierto interés. Lo que no significa que no valoremos las críticas y aperturas en nuevas direcciones... no solamente críticas, sino también nuevos temas.

*Ricardo Greene
Pablo Páez
Carlos Sierralia*